

DISCURSO DE APERTURA

DEL CURSO ACADÉMICO 1968-69

POR EL

DR. JOSE DE BENITO

Magnífico señor rector; estimados colegas de claustro; alumnos todos de esta Universidad; excelentísimos e ilustrísimos señores; señoras y señores:

No sería sincero conmigo mismo, ni por contragolpe con la Universidad a que pertenezco y a la que me debo, si os dijera el tópico frecuente de que este discurso inaugural es para mí una carga y un honor inmerecido. No es carga, porque cuando mi decano el doctor Martínez Bernal tuvo la gentileza de rogarme que me encargase de ello, tuve —por qué no decirlo— una inmensa satisfacción. No es un honor inmerecido, porque ocupar esta tribuna a los 40 años de ser catedrático de Derecho mercantil, haber empezado mi docencia universitaria en 1922, y esperar mi jubilación dentro de un breve término, me permiten afirmar que este honor no es ni prematuro ni inmerecido. Permitidme pues que en gracia a mi veteranía le ponga unas palabras de prólogo: las primeras con un recuerdo justo, y las siguientes de fe en la juventud y en el futuro.

Una gran Universidad

Para bien o para mal —no soy quien ha de juzgar— pertenezco como estudiante primero, como docente luego, a esa Universidad española de las dos décadas que van de los años 1910 a 1930 de la que tanto se ha hablado criticándola sin preocuparse por conocerla.



Conviene pues recordar en este solemne acto académico que aquella Universidad, después tan maltratada, fue la que dió a la ciencia, a la historia, a la filosofía, a la medicina y al derecho españoles, días de gloria y de prestigio en Europa y en América, que nada tienen que envidiar a los mejores días de Salamanca, de Alcalá o de Santiago.

Yo puedo aseguráros, porque tuve la inmensa suerte de ser testigo de ello, el admirable proceso de recuperación, tras la indigencia intelectual producida por las dos guerras civiles del siglo XIX. Y son maestros de esa etapa gloriosa universalmente admirados: Ramón y Cajal, premio Nobel de medicina por sus descubrimientos histológicos; Menéndez y Pelayo; Giner de los Ríos; los doctores Madinaveitia y Marañón; Miguel de Unamuno; Ignacio Bolívar; Ortega y Gasset; Antonio Flores de Lemus; Menéndez Pidal; Laureano Díez Canseco; Claudio Sánchez Albornoz, Pedro Bosch Gimpera y Américo Castro; el Dr. Marquez; Rey Pastor; Torroja; Arturo Duperier, que fue una de las primeras autoridades mundiales en rayos cósmicos; Demófilo de Buen; Lorenzo Benito de Endara (padre del que os habla); Felipe Clemente de Diego; Jiménez Asúa; Eduardo de Hinojosa; Galo Sánchez; Bonilla; Gómez Moreno; Altamira; García Morante; Jorge Guillén, compañero durante mi primera estancia en esta Universidad; Pedro Salinas y otros que harían larguísima esta enumeración. Y no hay la menor exageración en decir que estos nombres que acabo de ofreceros son de maestros; grandes maestros de la filosofía, la medicina, la literatura, la historia, las ciencias físicas y naturales, el derecho, la economía o la pedagogía, cuyas doctrinas o siguen vigentes o fueron la base para el progreso posterior de sus disciplinas.

Por eso, por ser de justicia, porque se la ha increpado injustamente, y porque a ella le debo cuanto he sido y soy, no podía dejar de decirlo, aunque no sea más que con estas brevísimas palabras firmes y exactas, en la solemne ocasión que, a las puertas del fin de mi vida académica, me ha deparado mi decano.

La actual crisis

Y ahora pasemos del ayer al hoy con vistas al mañana. No es nuevo el problema. La querrela entre "antiguos" y "modernos" ha producido abundante literatura; lo nuevo del problema son sus dimensiones y la angustia del misterio en la solución general.

Parece que en el mundo —y en el mundo está España— hay una crisis universitaria. ¿A qué obedece? o, mejor dicho, ¿a qué se debe la ac-

tual crisis de la mayoría de las instituciones? Porque lo cierto es que a la Universidad lo que le llegan son los ramalazos de esas otras crisis que afectan, por reforma, por agotamiento o por desarrollo, desde el Estado hasta la Iglesia, pasando por el parlamento, los partidos políticos, las organizaciones sindicales, el concepto de seguridad internacional y social, los de la libertad, la democracia y aún el de la paz y los derechos humanos.

Vivimos, esta es la realidad de la que hay que partir, en un mundo que a consecuencia de un monstruoso salto de la técnica desde que se descubre la física nuclear, se encuentra incómodo entre dos conceptos de civilización; una, que el papanatas filoprogresista cree extinguida, no obstante deberle a ella cuanto el hombre ha llegado a ser; y otra, en la que si se logra no olvidar los valores espirituales de la criatura humana, y se encuadra en sus términos naturales el desorbitado materialismo de las masas y de las minorías, nos ofrece la esperanza de un mundo mejor. Y es esa lucha entre los dos conceptos, con dos actitudes enfermizas, aferrados unos a sus cómodas posiciones privilegiadas, negando a los demás el derecho a compartir las riquezas y el justo y merecido descanso; y exasperados los otros por el lamentable y erróneo convencimiento de que sólo la violencia les permitirá subir los escalones hacia una existencia menos infra-humana y de mayor dignidad, predicán y ejercitan el asalto al poder y a la dirección, con lo cual lo que se vislumbra es un angustioso engendro, cuyo fruto no se sabe lo que ha de dar.

Intelectuales, artistas, universitarios, técnicos, funcionarios, obreros y hombres blancos, amarillos, cobrizos y negros viven a diario en la incertidumbre de un mañana amenazador por ese incierto parto, que tiene de demoníaco la soberbia y la violencia, de humano la necesidad de la mejora en una más justa distribución, y de divino el misterio de la nueva vida del hombre sobre la tierra. Y es preciso, para ser sinceros, plantearse el problema de si, como consecuencia de una velocidad peligrosamente vertiginosa en la investigación, de un desarrollo monstruoso de la técnica y del zarpazo diario e inexorable de un materialismo publicitario venenoso, no son tanto las instituciones y los principios, sino el hombre, la criatura humana, la que no ha logrado aún resolver el descompás con el que las circunstancias o la coyuntura le obligan a marchar.

¿Cómo ha de sorprender pues a nadie que medite un poco en las condiciones de la hora presente que nos toca vivir, que los estudiantes, que la juventud toda del mundo, se desasosiegue y pida reformas a través de

las cuales pueda encauzar un próximo mañana en el que serán ellos los que van a existir?

No; ni a mí, ni a quienes preocupe que el camino del devenir se ensanche, facilitando la marcha de los olvidados, de los desheredados de la fortuna, en un caminar más alegre, más acompasado y más sano, puede asombrarnos la inquietud —inquietud es movimiento— de los hombres y de las mujeres de hoy, que trae como secuela natural la evidente inquietud de los universitarios. Lo que sin duda nos sorprendería sería el conformismo, la quietud, que es parálisis, enfermedad o muerte. Pero lo que sí nos preocupa profundamente, es el cómo se manifieste esa inquietud. Porque así como la coyunda de amor —inquietud sana de la que nace la familia— y la palabra, son dones específicos de la criatura humana; la coyunda sin amor o con incomprensión, y el grito, nos acercan o nos vuelven a la animalidad de la que tanto nos había costado separarnos. Y aquí es donde la experiencia de brotes recientes puede y debe servirnos de lección. Los sucesos del pasado mayo en la Sorbona, y las algaradas de Milán, de Montevideo y de tantas otras ciudades universitarias han puesto bien en claro, cómo al socaire de una noble y justa preocupación por la necesaria reforma universitaria, se podía crear un ambiente anárquico, anti-evolutivo, estéril y contraproducente a los fines sinceramente deseados. No; ni el grito, ni el tiro, ni la piedra, ni la barricada, ni el incendio, ni el asesinato, serán nunca peldaños hacia un mundo mejor. Si el bosque, y el jardín son más gratos que la selva; si el hogar es más acogedor que la cueva, y la conversación o diálogo más rentable que los insultos, la razón no es otra sino que aquellas primeras formas son la consecuencia práctica del ingenio, y el esfuerzo humano, mientras que las segundas sólo son remembranzas de la más primitiva barbarie.

¿Cabe honestamente pensar que el estudiante aspira a convertirse en fiera? Yo, por mi parte, tengo el firme convencimiento de que a lo que aspira la inmensa mayoría de los estudiantes universitarios, es a lograr la máxima eficacia posible, la mejor preparación profesional o científica y poder guardar el mejor recuerdo de los años pasados en su Universidad.

No hace falta ser lector demasiado asiduo de los periódicos para haber leído que la Universidad es una institución “clasista”, o de que hay que ir hacia una enseñanza universitaria de “masas”. Hablar así es, no sólo desconocer lo que ha sido y lo que habrá de ser la Universidad, sino pretender por ignorancia, por malicia o por demagogia, acabar con la más noble de las instituciones de la inteligencia. No; la Universidad española no ha sido nunca una institución al servicio de determinada clase social,

que eso es ser clasista. Ni Salamanca, ni Alcalá, ni Santiago, ni fuera de España, la Sorbona, Bolonia, ni la Carolina de Praga, fueron nunca Universidades de ricos o para ricos. Por eso sus nombres adquirieron merecido prestigio universal y todavía simbolizan la luz de la inteligencia que permitió salir de la oscuridad de la Edad Media. De la condición económica de la mayoría de los colegiales da testimonio la cuchara que en sus bicornios llevaban los “sopistas” y que aún conservan como símbolo las estudiantinas de hoy. “Sopista” en Alcalá fue Fray Lope Félix de Vega y Carpio; y sería curioso poder conocer cuántos personajes de nuestra historia “estuvieron a la sopa” en sus años mozos mientras acudían a las enseñanzas de sus maestros en las viejas Universidades.

A lo largo de la historia, la Universidad, como toda institución humana ha tenido sus grandezas y sus miserias, y para salir de una lamentable situación de pobreza y de indigencia intelectual, producida en nuestro siglo XIX como consecuencia de la guerra de la Independencia primero, y de las contiendas civiles después, pasó de ser un organismo libre a depender del Estado con todo lo que ello comporta.

¿Ha sido desde entonces una Universidad “clasista” la nuestra? ¿Habrá que transformarla en una institución para la educación de “masas”? El tópico del “clasismo” y “las masas” no tienen ni siquiera novedad; lo único nuevo es que ese, llamémosle argumento, que no tiene ya vigencia en los países socialistas en donde nació, se utiliza sin embargo ahora demagógicamente en los occidentales. Curioso fenómeno éste, no demasado fácil de explicar aquí.

El marxismo revolucionario de exportación comenzó a funcionar hace más de un tercio de siglo, gracias a un aparato de propaganda (publicitario diríamos hoy) al que se denominaba “Agi-pro” (Agitación y propaganda) que preparó y difundió un léxico fácil de manejo y agresivo, con impacto pronto en el oyente ingenuo y de buena fe. A aquel léxico ya desacreditado en los países marxistas, por haber vivido en férreas dictaduras, pertenecen las palabras del tópico que hoy trata de desprestigiar a la Universidad.

Jamás en la Universidad española se ha dificultado el ingreso y el estudio por razón de la clase social a que perteneciese el alumno; y eso, lo mismo por parte de los profesores, muchos de los cuales proceden de familias de condición humilde, que de los compañeros. No; lo que sucedía en España era que el analfabetismo en el campo y en gran parte de la clase obrera, la falta de escuelas y de maestros de primera enseñanza redu-

cía, injusta pero inevitablemente, el número de muchachos que podían llegar a la Universidad. No; la Universidad no era "clasista"; lo injusto era el medio social español y la pobreza de la inmensa mayoría de los españoles. Y naturalmente al filtro que es y debe ser siempre una Facultad Universitaria, llegaban para formar la élite intelectual y dirigente del país, muchos menos de los que hubieran podido llegar en una sociedad más justa. Así y todo no deja de ser curioso que uno de los problemas que integran la actual crisis universitaria, sea el del exceso de concentración de alumnos en algunas de nuestras Universidades.

Si la Universidad qué ha sido —y esa fue su gloria— la Casa del Saber integrada por Maestros y discípulos, quiere vencer la crisis que hoy padece, necesita, por de pronto restablecer la debida proporción entre profesores y alumnos. Con clases de centenares de muchachos no hay posibilidad de cumplir con el primer requisito de la Universidad, la convivencia universitaria, base fundamental para la eficacia de nuestra institución. Esa convivencia que contiene el respeto, la confianza y la amistad recíproca entre maestros y discípulos, no puede existir en cursos multitudinarios de estudiantes a los que no conoce ni distingue el profesor. Y la Universidad, en esas condiciones se desnaturaliza. El maestro se aleja; los alumnos pierden forzosamente el interés, y el resultado es, con la ineficacia y la pérdida del esfuerzo baldío de unos y otros, el desprestigio de la institución y su secuencia inevitable, el descontento estudiantil y profesoral; en otras palabras, la crisis universitaria.

Sin embargo, el hecho de que el estudiante universitario se inquiete, cosa que a muchos parece peligrosa, a mí, viejo universitario, se me ofrece como el primer síntoma de un renacer de buen augurio. De tan buen augurio que, después de desentenderse de la Universidad, como si no existiese, durante largos años, la prensa y la opinión española en general, ha bastado la primera manifestación ruidosa de esa inquietud auténtica, para que la solución de nuestro problema preocupe hoy a toda la nación.

Las autoridades universitarias están estudiando a fondo las necesidades de una reforma que revitalice y normalice la vida de la institución de la que salen los que mañana habrán de dirigir el país. Se está en estrecho contacto, en todas las Universidades en las que el descontento ha tenido manifestaciones, con los estudiantes, para conocer el parecer y las aspiraciones de los alumnos universitarios, que son, esto es, palmario, quienes más caro pagan los defectos de funcionamiento de su Casa de Estudios.

Creo, por último, que si se aborda a fondo, lo que hoy es un problema en crisis, en evitación de que llegue a conflicto, pueden volver días de gloria y de satisfacción para la Universidad española, y que, pese a las dificultades con que por fuerza habrá de tropezarse, si los maestros, los discípulos y las autoridades académicas, hacen entrega de su esfuerzo para revitalizar nuestra institución, y que puedan llegar a sus puertas, para entrar por ellas, si acreditan que lo merecen, todos los españoles, consiguiendo una mejor selección de la "minoría universitaria", nuestras Casas del Saber, habrán ganado bien ese hermoso nombre, que tanto utilizaba D. Miguel de Unamuno por aquellas décadas a las que he dedicado mis primeras palabras.

Decía Alain, el filósofo francés, que lo que tienen de temibles las pasiones, es que están siempre justificadas por los hechos. "Si yo creo que tengo un enemigo, y el supuesto enemigo lo sabe, ya somos enemigos".

No creáis pues nunca, estudiantes universitarios, que vuestros maestros puedan ser vuestros enemigos, y así, entre ellos y vosotros, con el mismo respeto que todos nos debemos, y sin olvidar que la docencia es el acoplamiento del amor y de la autoridad, del saber y de la experiencia, podremos entre todos lograr aquella bellísima afirmación del gran sefardita de origen español, Benito Spinoza cuando escribía: "Una pasión deja de ser una pasión en cuanto conozcamos adecuadamente sus causas". Sigamos pues nuestra hermosa andadura de trabajo, y cuando un problema se nos presente, no dejemos alentar la pasión; estudiemos sus causas, y continuemos nuestra marcha común, para hacer cada día mejor, nuestra Universidad y nuestra España, con las que no se deja de soñar cuando las circunstancias os alejan de ellas, y con las que sueñan todavía otros dignísimos compañeros que aún no han regresado a la Patria; a los que desde aquí envío un fraternal y emocionado abrazo; así como el testimonio de mi amargo y dulce recuerdo para aquellos que murieron sin volver a ver este viejo solar hispánico de sus ilusiones.